

y ambicioso. Ciertamente que no desaprovechó las ocasiones de mirar por su provecho personal; pero aun en esto eran la dignidad real y el bien del reino los que más ganaban en ello y en especial del pueblo bajo y libre, pero pobre. La política interior de Leovigildo era la que convenía a un rey, al hombre de Estado y al amigo del pueblo. Gregorio de Tours dice de él en su lenguaje sencillo: «Leovigildo mató a todos los que habían adquirido la costumbre de asesinar a los reyes, y no dejó con vida ni a un solo varón de sus respectivas familias.» Un obispo católico, Juan de Viçlara, persona honradísima, pero desterrada por el rey, se expresa respecto de la humillación de la nobleza del modo siguiente: «Leovigildo fué vencedor en todo el país, exterminó a los tiranos, a los opresores brutales de España y logró restablecer la tranquilidad para sí y el pueblo.» Evidentemente no puede desearse mayor alabanza para un rey de aquel tiempo, que esta que da a su rey un eclesiástico perseguido y desterrado por él mismo.

Aplicóse Leovigildo a crear ante todo la base material del reino: un tesoro; pues que el que había perdido mucho de su importancia por las piezas de valor que en el período de 507 hasta 526 se llevaron los francos, los borgoñones, Gesalico y los ostrogodos, sin contar la necesidad de otro tesoro particular de la familia del rey para las atenciones dinásticas propias y como complemento del tesoro general. Uno y otro necesitaban llenarse, a cuya tarea se aplicó el rey sistemáticamente y con especial empeño, tomando la parte del león en los botines, aumentando las contribuciones y confiscando los bienes de los nobles rebeldes. Hasta entonces no se había distinguido el rey exteriormente en nada del resto de su pueblo; pero a la sazón se vistió ropajes regios, probablemente púrpura, y dió audiencia sentado en el trono, ciertamente no para satisfacer una pueril vanidad, inconcebible en tan valiente y activo guerrero y en hombre de gobierno de ideas tan profundas. Hizo también de Toledo, situada en el centro de su imperio, la capital definitiva del gobierno y su residencia real. Sus predecesores habían vivido donde mejor les parecía, principalmente en Barcelona y Sevilla. No dejó de conocer la imprescindible necesidad de un orden fijo de sucesión para evitar los peligros e interregnos de las elecciones, la consiguiente frecuencia de vacantes en el trono y la ambición y soberbia de los nobles electores; y con esta idea, sin hacer la corona decididamente hereditaria en su familia, quiso asegurarla por lo menos para la siguiente generación, y lo consiguió con talento y energía haciendo reconocer a los dos hijos que había tenido de su primer matrimonio, Hermenegildo y Recaredo, como co-regentes suyos en 572. En seguida dividió el país en tres partes, destinando a Hermenegildo para el gobierno de la primera, con Sevilla por capital; a Recaredo para el de la Celtiberia (Aragón), y para capital de esta parte fundó expresamente una nueva ciudad que llamó en honor de su hijo Recópolis, según dice Gregorio de Tours, inducido quizá a ello por la división análoga que había ocurrido en el reino franco.

Asegurada la paz en el interior, Leovigildo, a imitación de sus predecesores, trató de hacer desaparecer, o por lo menos de disminuir, el peligro constante representado por los merovingios, con los cuales ya estaba emparentado por su segundo matrimonio de que antes hemos hablado. El efecto fué, sin embargo, contrario, y como había ya sucedido en un caso análogo, este casamiento abrió de nuevo la mal curada llaga de la discordia religiosa y produjo la más terrible división en la familia misma del rey y en todo el reino, originando la peor de las sublevaciones, la del hijo contra el padre.

Leovigildo no tuvo en un principio ninguna animadver-

sión contra el catolicismo, como lo prueba su primer matrimonio con Teodosia, mujer católica e hija de Severiano, distinguido bizantino de Cartagena, y cuyo hermano Leandro, después arzobispo de Sevilla, era hombre celoso y capaz de mantener en su grey y en las personas sus allegadas la más severa disciplina religiosa. Este prelado debió sin duda de inculcar en los dos hijos de Leovigildo y de su hermana una opinión excelente y elevada de la religión católica (1).

Probable es también que la primera opinión favorable de Leovigildo tocante a la religión católica quedase bastante amenguada con las innumerables conspiraciones y sublevaciones armadas de sus súbditos católicos en connivencia con los suevos y bizantinos. Estos motivos son bastantes para explicar su mayor rigor contra la Iglesia católica, sin necesidad de atribuirlo a la influencia de Gosvinda, su segunda mujer, viuda de Atanagildo y celosa arriana. De todos modos no persiguió al catolicismo sino después de la rebelión de su hijo Hermenegildo, casado desde 580 con Ingunda, hija de Sigiberto y de Brunequilda, y por consiguiente su sobrina política y nieta de su madrastra Gosvinda. La autora de este casamiento era Brunequilda, que, viuda antes desde 576 por haber sido asesinado Sigiberto por Fredegunda, y hallándose en medio de enemigos, creyó con esta unión asegurarse el amparo y auxilio de los visigodos. Ricamente dotada, pasó la princesa Ingunda con gran acompañamiento en setiembre de 580 los Pirineos, habiendo sido a su paso por Agde fervorosamente exhortada por el obispo Fronimio a conservar firme su fe y aborrecer siempre la ponzoña herética. Pero por otro lado el rey visigodo tenía esperanzas de que su nuera adoptaría la religión arriana, como las dos hijas de Atanagildo habían adoptado la católica; y grandes y amargos debieron de ser el disgusto y el desengaño en la corte de Toledo cuando Ingunda rehusó con firmeza todo cambio de religión. Se dice que su propia abuela Gosvinda, celosa arriana, apeló a los golpes y malos tratamientos cuando vio que no obtenía resultados por la persuasión. Mucho debe de haber de exagerado en las relaciones que nos han sido conservadas de aquella época, escritas como fueron por autores interesados y partidarios apasionados de la religión católica y de sus defensores. Facilitaba además el tinte dramático el contraste entre Ingunda, princesa joven, hermosa, inocente y perseguida, y la madrastra vieja, perversa, fanática y hasta tuerta, según se decía, en castigo de su odio y persecución contra los católicos. Sin embargo, no era del todo inofensiva la joven princesa, ni se limitaba al papel de víctima. El rey, muy lejos de forzar su conversión, designó a la joven pareja por residencia Sevilla para alejar de su casa toda ocasión de disputa y de disgustos; pero Ingunda, sola ya con su marido, no cesó de emplear toda su influencia y persuasión para inducirle a convertirse a su religión, en cuyo trabajo la auxilió energicamente su tío Leandro, que desde 579 ocupaba la silla metropolitana de aquella capital. Hermenegildo cedió, y al convertirse se hizo bautizar con el nombre de Juan, lo cual para los arrianos era el mayor de los crímenes, como lo es en igual caso también para los católicos, porque el segundo bautizo es el mayor desprecio y deshonra para el primero, declarado así nulo y de ningún valor.

Este paso no solamente significaba la rebelión del hijo contra el padre, sino que anulaba todas las ventajas obteni-

(1) A esto se reduce probablemente la parte realmente histórica del parentesco y lazos de familia que tenía la de Severiano con otras, después de cortar con sana crítica todas las invenciones y adornos que la leyenda, la tradición, la vanidad y el engaño artificioso han añadido a estos personajes en épocas en que la vanidad nacional construía árboles genealógicos enteramente o en parte imaginarios.

das por este, se oponía a todos sus planes y comprometía gravemente la existencia misma del Estado visigodo. Tan importante era para sus contemporáneos la persona del rey, tan gloriosa su obra política, tan evidente la justicia de su causa, y la falta de su hijo, que aun los mayores enemigos del arrianismo y obispos católicos como San Gregorio de Tours y Juan de Viçlara no se atrevieron a disculparle. Podrá ser que Hermenegildo obrara al convertirse por convicción religiosa, aunque mucho tiempo resistió a las importunidades de su mujer y de su tío, y también podrá ser que no fuese su intención perder a su padre; pero en este caso debía haberse presentado a él y sufrido cristianamente el castigo que este le impusiera; esta conducta habría sido la de un mártir verdadero. El príncipe convertido hizo todo lo contrario.

Desde el primer instante, ya en el año 580, vióse Hermenegildo asediado e importunado por los peores enemigos del reino de su padre, por los suevos, bizantinos, obispos católicos y todos sus diocesanos y descontentos de todas las provincias, y cediendo a unos y otros pronuncióse en abierta rebelión; tomó el título de rey; convino con los suevos que invadieron el reino visigodo por el Noroeste, y con los bizantinos que lo invadieron por el Sur; acuñó moneda con una victoria alada en un lado y su busto en el otro, y hasta trató de quitar la vida al que se la había dado a él (1).

Posteriormente fué elevado a los altares como santo y mártir católico este hijo rebelde, destructor del reino y de la obra de su padre. Un contemporáneo católico, obispo y a quien precisamente el rey había confiscado su patrimonio, el honrado Juan de Viçlara llama a este mártir: «usurpador» (*tyrannus*) y a su obra «rebelión».

Al principio parecía inevitable la ruina de Leovigildo sobre cuya erguida cabeza se levantaban las ensoberbecidas olas de la revolución que en todas partes se levantaba de nuevo. El golpe había sido demasiado imprevisto; Sevilla con muchas otras ciudades y castillos se declararon aliados del emperador, y Córdoba, aquel brioso corcel andaluz rompió el freno que contra su voluntad le había puesto poco antes el rey visigodo, y pidió un lugarteniente bizantino.

Bien conocía Leovigildo que con las armas solo no podía dominar a tantos enemigos ni arrostrar tantos peligros, y en su consecuencia trató de ganar a su partido a los católicos moderados, tratándolos con sabía y conciliadora benevolencia dirigiéndose a muchos personalmente. Un día saquearon sus soldados un convento, hubo un milagro, y el rey mandó restituir lo robado. De su munificencia se mantenía el piadosísimo y venerado ermitaño San *Nunetus*, y mostró gran veneración a Santa Eulalia y a sus reliquias. También echó mano del soborno; pero lo que causó mayor impresión fué verle suavizar su creencia arriana declarando que se había convencido completamente de la identidad de Jesucristo con Dios Padre: solo de la del Espíritu Santo con el Padre no podía decir lo mismo porque en ninguna parte de la Sagrada Escritura se hablaba de esto. Desechaba la tradición como la desechó después Lutero y solo reconocía lo que decía la Biblia. A todo esto agregaba frecuentes visitas a las iglesias católicas para hacer en ellas sus devociones. Tales mañas dieron al parecer el resultado que el rey deseaba, a juzgar por la viva inquietud que mostró San Gregorio de Tours respecto de la perseverancia de los católicos de España al interrogar a una persona que había ido de allí y que visitó al

(1) No sabemos de qué autoridad ha tomado el autor la noticia de que Hermenegildo trató de quitar la vida a su padre. Cometió, es verdad, la culpa de rebelarse, pero no fué tampoco espontánea: fué arrastrado por sus partidarios católicos, obispos, bizantinos y suevos a la rebelión. (N. del T.)

prelado. No por esto permitió Leovigildo extralimitación ninguna al clero; castigaba a los obispos peligrosos y extremados, pero esta «persecución de católicos» la exageran como de costumbre los autores que la mencionan. Empleó según el caso el rigor, por ejemplo cuando mandó azotar y desterrar a un sacerdote que rechazó los presentes que le había enviado para sobornarle, diciéndole: «Para mí tus regalos son estiércol.» El arzobispo Leandro fué naturalmente desterrado también, lo mismo que su hermano Fulgencio de Astigi, el obispo de Cartagena y Juan de Gerona, el fundador de Viçlara, y Fronimio, el obispo de Agde, que si no impuso a Ingunda el deber de convertir a su marido, por lo menos la excitó a no renunciar a su fe católica, huyó poniéndose bajo la protección de los reyes francos pretendiendo que estaba amenazado de muerte. En Mérida se instaló un obispo arriano, al lado del celoso católico Mausona, y los católicos se resistieron con las armas en la mano a entregarle algunas de sus iglesias. Entonces pasó el rey la causa al tribunal citando al obispo Mausona a la corte y reclamándole el vestido de Santa Eulalia, a lo que contestó el prelado que había llevado el vestido sobre su cuerpo, y que le era imposible entregarlo porque había quemado la santa reliquia y comidose las cenizas. Por esto fué relegado por tres años a un convento; pero las piadosas leyendas dicen que el rey le mandó atar sobre un caballo silvestre para que muriera así, mas el bruto apenas sintió en su lomo tan santa carga cuando se volvió manso como un cordero (2).

Antes de emprender la campaña contra su hijo ideó Leovigildo todavía otro medio de atraerse a muchos católicos, o por lo menos de asegurarse su fidelidad. Convocó un concilio de obispos arrianos en Toledo a fin de que facilitara la conversión de los católicos, quitando el obstáculo principal que consistía en la repetición del bautismo. Se hizo así y desde entonces a esta ceremonia reemplazaron la simple imposición de la mano y la repetición de una fórmula en la sagrada comunión, fórmula que no contenía absolutamente nada que no hubiera podido decir el católico más ortodoxo: el mal estaba tan solo en que pronunciar la fórmula implicaba el abandono de la fe católica. Sin embargo pasaron muchos por este puente de plata, no solamente laicos, sino también clérigos y hasta el obispo Vicente de Zaragoza, ya para evitar la persecución una vez colocados en esta alternativa, ya por codicia. Pocos fueron los que prefirieron ser perseguidos.

Dispuestas así las cosas, se puso el rey en campaña dirigiéndose al Sur contra la Bética (reino de Córdoba) e Hispalia (reino de Sevilla), donde la rebelión tenía su más sólido apoyo, los bizantinos en Córdoba y su rey Hermenegildo en Sevilla. Los aliados de Hermenegildo se apresuraron a distraer al enemigo con tres diversiones simultáneas cuando este había ya tomado a Mérida. Los suevos atacaron el país godo por el Noroeste; los cántabros y vascos por el Norte, y los reyes merovingios Gontram de Orleans y Chilperico de Soissons se dispusieron a caer sobre la Septimania, el país visigodo del Mediodía de Francia, con pretexto de vengar a su sobrina Ingunda. Leovigildo pudo conjurar este último peligro proponiendo a Chilperico el casamiento de la hija de este, llamada Rigunda, con su hijo Recaredo; matrimonio que no llegó a realizarse, porque mientras la princesa estaba en camino de España fué asesinado su padre, y ella misma

(2) Si Mausona hubiese dicho al rey las palabras que supone la leyenda, por cierto que no se habría escapado con solo los tres años de destierro; pero también cuenta la tradición que Santa Eulalia prometió a su protegido, al cual se apareció en forma de blanca paloma, que pronto le sacaría de su destierro, y en efecto hizo que Leovigildo revocase la sentencia a fuerza de vapulearle todas las noches en su cama, cosa que solo podía hacer una santa tan energética como ella.

alcanzada, detenida y llevada á su madre por los conjurados y sus parciales. Despues es probable que Leovigildo no tuviera ya el mismo empeño de tener la princesa por nuera; pero mientras concertaba el matrimonio hubo un cruce continuo de embajadas entre la corte visigoda y la de los francos, estando todo el mundo, aun fuera de los dos paises, atento al resultado y al rumbo que tomara la guerra entre padre é hijo. Esta guerra tenia además la importancia de ser una lucha entre el catolicismo y el arrianismo, mas que nunca exasperados uno contra otro, siendo los defensores del primero siempre los que atacaban á «los inmundos, mugrientos y asquerosos herejes.» Las negociaciones con Chilperico paralizaron entre tanto las operaciones de Gontram que no podia proceder aisladamente si no queria exponerse á ser cogido por la espalda. Leovigildo aprovechó esta ocasion para echarse con todo su empuje sobre sus enemigos los vascos, á los cuales arrojó aterrizados de sus sangrientos castigos al otro lado de los Pirineos, y para poner freno á estos indómitos montañeses, aunque rodeado todavía por todas partes de enemigos, fundó en su territorio la ciudad, por supuesto fortificada, á la cual dió el orgulloso nombre de Victoria. Desde allí marchó otra vez á impulsar el sitio de Sevilla que estrechó mas y mas á pesar del rey suevo Miro que venia con grandes fuerzas para auxiliar á sus correligionarios y humillar el soberbio reino visigodo derribando al rey mas grande que habia tenido desde Alarico I y Eurico. Cara le costó esta pretension, porque Leovigildo, sin dejar el sitio, fué con la mayor parte de sus tropas al encuentro del enemigo al cual logró acorrallar tan completamente, gracias á su superior talento militar, que el rey Miro se dió por muy contento con jurar al vencedor su completa sumision para obtener de él la libre retirada á su país. No se sabe dónde se dió esta accion, pero es probable que fué en la Sierra Morena (1).

Leovigildo volvióse con su ejército victorioso á Sevilla y logró pronto ponerla en grandísimo aprieto quitándole la comunicacion con el rio por obras que levantó á toda prisa aprovechando para ello las ruinas de Itálica, y cortando á los habitantes los víveres. Solo Constantinopla podia socorrer la ciudad, pero nada hizo á pesar de las vivísimas instancias del arzobispo Leandro. Finalmente fué tomada la ciudad por asalto; pero Hermenegildo é Ingunda habian encontrado medio de salvarse huyendo á Córdoba mediante el auxilio de los bizantinos. El rey conmemoró su victoria con monedas que acuñó con la leyenda *Cum Deo obtinuit Spalim* (con la ayuda de Dios obtuvo á Sevilla); luego conquistó gran número de poblaciones menores y muchos castillos, entre ellos San Juan de Alfarache, y en seguida presentóse delante de Córdoba, cuyo prefecto entregó la ciudad á cambio de un regalo de 30,000 sueldos (aproximadamente 485,000 pesetas). Hermenegildo se habia retirado al sagrado de una iglesia desde donde imploró la gracia de su padre. Leovigildo le envió á Recaredo para determinarle á abandonar de su propia voluntad el asilo prometiéndole bajo juramento ser tratado con benevolencia; no se sabe si tambien le aseguró con esto la vida; el hecho es que fué llevado á Toledo y desterrado de allí á Valencia; se confiscaron sus bienes; se redujo su servidumbre á un solo criado; se anuló como era natural su nombramiento de co-regente y se le excluyó de la sucesion al trono. No hubo mas castigo. Solo autores no-españoles hablan de cadenas, de que le arrancaron los vestidos regios y otras cosas; fundándose probablemente en la prohibicion que puede suponerse se le impuso, de llevar ni la púrpura ni el titulo de rey.

(1) No parece que el rey Miro pudiera llegar tan lejos de Galicia sin encontrar resistencia.

(N. del T.)

Con energía y talento habia aniquilado Leovigildo á los muchos enemigos y salvado los grandes peligros que amenazaban acabar con el reino visigodo, y antes de concluir el año (584-585) se le presentó la ocasión de concluir con el reino suevo, que siempre habia sido un vecino hostil, y espiaba cada apuro del reino visigodo para aprovecharlo y atacarlo por el flanco. Conforme veremos mas detalladamente en la historia de este pueblo, su territorio fué incorporado al reino visigodo, y su último rey metido por Leovigildo en un convento.

Al año siguiente murió Hermenegildo en Tarragona bajo el hacha del verdugo (2). Si, como debe suponerse conforme al derecho de asilo segun uso godo, se le habia asegurado la vida, debió sufrir la última pena por otra nueva culpa, aunque no se sabe cuál fuese. Despues se explicó el hecho suponiendo que habia huido de Valencia á Tarragona para inaugurar allí una nueva revolucion; y tambien puede ser que la nueva culpa consistiera en su resistencia á renegar de su religion en cambio de ser reintegrado en su derecho de sucesion al trono.

El pueblo se apoderó de tan tristes sucesos y formó muchas leyendas con sus personajes, adornando y variando los hechos á su manera y á medida que se fué poniendo tiempo por medio. Así es que escritores fanáticos muy posteriores dicen que el padre mató al hijo con su propia mano; otros de la misma época presentan como verdugo á un conde y los alguaciles (apparitores); luego refieren muchos milagros; y á los que se realizaron sobre su tumba se atribuye la conversion definitiva de los visigodos que no tardó en ocurrir. Nuevos milagros acompañaron el traslado de sus restos á Zaragoza, y finalmente fué canonizado por el papa Sixto V á instancias del rey Felipe II. La Iglesia conmemora este santo el 13 de abril en cuyo día se supone murió porque fué el domingo de Pascua de Resurreccion del año 585 en que no quiso recibir la sagrada comunión de manos de un obispo arriano, recibiendo en cambio la muerte. Lo mas extraño es que los celosos obispos é historiadores Isidoro de Sevilla que escribió 70 años despues de estas ocurrencias, y Juan de Viçlara que las presencié, solo condenan al hijo por rebelde y usurpador en lugar de celebrarle como mártir y sin mencionar ni con una sola palabra su conversion al catolicismo, á pesar de ser una cosa fuera de toda duda. Hánlo querido explicar algunos diciendo que aquellos prelados no querian que el traidor á su padre y aliado de los suevos y bizantinos, enemigos de su país, fuese un católico y menos un neófito; pero la verdadera razon es, que habiendo llegado á ser religion del Estado la católica, evitaban hablar de los primeros pasos que habian conducido á este resultado y que eran inseparables de la conducta rebelde del hijo tan vituperada por ellos mismos. En Sevilla enseñan el calabozo de San Hermenegildo cerca de la Puerta de Córdoba; pero á lo que sepamos jamás estuvo preso en Sevilla.

Ingunda fué presa sea huyendo á Francia, sea en Córdoba, por los bizantinos, quizás en rehenes de su hermano Childeberto que habia recibido del emperador grandes sumas de dinero para hacer la guerra á los longobardos, pero que se habia quedado con el dinero sin molestar á estos. Muerto su esposo Hermenegildo, la embarcaron juntamente con su hijo Atanagildo para Constantinopla; pero la madre murió en la travesía y el hijo fué educado en la corte, conforme prueban las cartas que Brunequilda y Childeberto dirigieron al emperador y á la emperatriz, y que se han con-

(2) Le cortó la cabeza el capitán de guardias Sisberto, segun Juan de Viçlara. Este Sisberto fué despues condenado á muerte por Recaredo.

(N. del T.)

servado, en las cuales suplicaban que tratase bien al niño, y en una solicitaban su libertad.

Los merovingios fueron causa de que el ya anciano rey visigodo echara otra vez mano á la espada, saliendo tambien victorioso. Dos partidos, que se odiaban mortalmente, dividian la familia real de los francos, formando el uno Chilperico y Fredegunda, y el otro Brunequilda, viuda de Sigiberto, su hijo Childeberto de Metz, y el tio de este, Gontram de Orleans. Estos últimos ardian en deseos de vengar á Ingunda, la hija de Brunequilda, á lo que se agregaba que Gontram representaba mas que nadie la antigua política merovingia ó sea la de Clodoveo, que consideraba los Pirineos como la definitiva frontera natural del reino franco hácia el Sur además del Mediterráneo. Grandísimo fué pues el furor de estos cuando supieron lo que se tramaba entre la corte visigoda y Chilperico su contrario. Gontram preparó un ataque simultáneo por dos lados distintos sobre el territorio visigodo de la Galia repitiendo casi las mismas palabras de su famoso antecesor: «Es sensible que el territorio de estos repugnantes visigodos penetre tanto en la Galia.» Esto nueva expedicion estaba destinada á superar á todas las anteriores, y mientras Childeberto estaba ocupado en una guerra contra los longobardos subvencionada por el gobierno bizantino, penetraron los dos ejércitos de Gontram por diferente camino en el territorio visigodo, con direccion el uno á Nimes y el otro á Carcasona, mientras una escuadra estaba destinada á hacer un desembarque en las costas de Galicia en España á fin de ocupar á los visigodos en su propio país, y de provocar y apoyar acaso un levantamiento de los suevos recién sometidos é incorporados al reino visigodo. Leovigildo cayó de improviso sobre los buques en el momento en que procedian al desembarco, y los destruyó tanto que solo algunos pocos individuos pudieron salvarse en botes y llevar la triste noticia del descalabro á su país. Al mismo tiempo arrojó su hijo Recaredo á los dos ejércitos francos de la Septimania, uno de los cuales ya habia tomado á Carcasona que fué recuperada. Nimes habia resistido y fué socorrida. El general en jefe franco conde Terenciolo de Limoges murió en la batalla, y en su retirada sucumbieron todavía de resultados del hambre y de las epidemias, mas francos de los que habian muerto en los combates, porque habian devastado á la ida todo el país, incluso el suyo, por donde habian pasado, de modo que á la vuelta no encontraron ningún recurso. Además los persiguió Recaredo hasta la frontera quitándoles todo el botin que se llevaban y tomando tres castillos á orillas del Ródano. Se hicieron entonces proposiciones de paz, pero las negociaciones fueron continuamente interrumpidas por nuevos encuentros, que fueron otras tantas victorias para las armas visigodas. En esto murió el rey en 13 de abril ó 21 de mayo de 586 en Toledo.

El gobierno de Leovigildo representa la última tentativa hecha para consolidar el imperio godo segun su carácter especial, usando de todos sus recursos y medios contra los peligros tambien especiales que le amenazaron, como la guerra al catolicismo, la sujecion de la nobleza goda tan ingobernable como el hombre libre del pueblo; la vigorizacion del poder real y la defensa contra los vecinos hostiles. Bajo todos estos puntos de vista hay que convenir en que el rey Leovigildo hizo muchísimo, mas todavía en evitar, apartar y domeñar causas nocivas, que en creaciones y adquisiciones. Fué una obra colosal para sus medios la sumision de los suevos y la reduccion de los bizantinos á una estrecha y limitada zona de costas. Con razon dice un autor contemporáneo: «Se apoderó de la mayor parte de España, porque hasta él estaba comprimido el pueblo godo en estrechos li-

PUEBLOS GERMÁNICOS Y ROMANOS

mites;» y todo esto conservando los rasgos característicos de este pueblo, el idioma, los usos y costumbres y la religion tan distintos de los romanos y particularmente de los habitantes de España.

De todas las condiciones del pueblo visigodo tan opuestas á las de los habitantes de la península, la que mas influyó en su historia fué la religion arriana, defendida por los visigodos con una pasion innata ó cuando menos tan antigua, que formaba ya parte de su carácter nacional. El fanatismo perseguidor de todos los que no confesaban la misma fe desde los tiempos de Atanarico, Frigiderno y Teodosio se trasmitió en cierto modo á todo el pueblo. Primero cuando arrianos fueron intolerantes con los católicos, y cuando católicos persiguieron á los judíos y á los arrianos. Su intolerancia fué su perdicion, la causa, primero, en el periodo católico, de la supremacia del clero sobre el poder civil, luego de la venida de los sarracenos; y por último, aunque el mismo fervor intolerante produjo en las prolongadas luchas entre moros y cristianos tantos nobles, valientes y esforzados caballeros castellanos, encendió tambien, despues de la victoria del cristianismo sobre el islam, todas aquellas innumerables hogueras cuyas cenizas hubieron de cubrir la hermosa península para muchos siglos de lúgubre monotonía y embotar el espíritu de sus nobles habitantes. Mucho contribuyeron indudablemente á este fenómeno la influencia y supremacia en el gobierno adquiridas tan temprano por el clero, la lucha á muerte y durante largos siglos con otra raza tan distante como la semítica, y luego el hecho de que desde el primer día cada diferencia religiosa era tambien política y como tal de trascendental consecuencia y peligrosísima. Sin embargo la suposicion de que la palabra *bigot* (mojigato) viene de *visigot*, aunque ciega, no es infundada.

2.—El periodo católico (586-711)

El sucesor de Leovigildo, su hijo Recaredo I, subió al trono en 21 de abril de 586, y gobernó hasta el 31 de mayo de 601. Si todo lo que hizo su padre habia ido dirigido á conservar cuanto constituia la índole característica de su raza, y en primera línea la religion arriana, en cambio el primer acto de su hijo, luego que hubo ceñido la corona, fué convertirse al catolicismo y emplear toda su influencia y poder para obligar á su pueblo á hacer lo mismo (1).

Este paso del nuevo rey, tan sorprendente en vista de toda la historia pasada del pueblo visigodo, como decisivo para su porvenir, merece ser analizado en sus motivos y en sus relaciones con otras circunstancias con particular minuciosidad.

En el fondo no puede dudarse que contribuyó á ello en cierta medida su conviccion personal como fruto de la educacion y principios que habia recibido de su madre, procedente de tan católica familia como era la de Severiano; pero esta inclinacion latente no basta para explicar su súbita conversion; pues á haber sido tan viva y ardiente para obrar semejante milagro, no la habria podido ocultar tan perfectamente en vida de su padre hasta el extremo de apoyar con todas sus fuerzas la política de éste tan contraria al catolicismo, y de contribuir con las armas en la mano y asistir á la triste suerte de un hermano que luchaba en favor de esta religion. Debieron pues de influir en su resolucion otras razones mas poderosas y exteriores.

En primer lugar es probable que el rey sintiera instintiva

(1) Tardó diez meses desde su subida al trono en declararse católico, lo cual prueba que se preparó con algun tiempo.

(N. del T.)